

## Recensiones

1. CARL H. LANGEBAEK. **Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela.** Medellín, Colombia, Editorial de la Universidad de Antioquia, 1er. Edición, 1992.

José Antonio Gil Daza  
Maestría en Etnología. Mención Etnohistoria  
Universidad de Los Andes

El autor de esta obra, Carl H. Langebaek R., logra transportar al lector a un viaje a través del tiempo, el cual comienza hace 14.000 años a.C. en el momento en que grupos cazadores-recolectores ocupaban el actual nororiente de Colombia y norte de Venezuela, pasando por la etapa de los cazadores de megafauna, recolectores generalizados, vegetultores alfareros, semicultores, cacicazgos y comunidades locales; culminando en el siglo XVI con el período de contacto entre hispanos y sociedades indígenas autóctonas las cuales eran diversas, ocupaban distintos pisos altitudinales y mantenían vínculos interregionales regidos por un sistema socio-político, mágico-religioso y económico establecido. Sin embargo, desde nuestro punto de vista no debe considerarse esta secuencia de desarrollo tecnológico de una manera tan literal, ya que en función de una mayor disponibilidad de recursos de subsistencia, las sociedades amerindias han sido capaces de adaptarse a los distintos ambientes utilizando diversas estrategias tecnológicas simultáneamente, así como también el intercambio de productos altitudinalmente diferenciados.

El objetivo principal de la investigación consiste en la definición de procesos y mecanismos de interacción material y social que permitieron el desarrollo de la complejización social mediante la coparticipación de las distintas sociedades indígenas, tomando en consideración variables como demografía, medio ambiente, tecnología e intercambios comerciales. Se utilizaron fuentes arqueológicas para la reconstrucción de dinámicas sociales partiendo del estudio de la cultura material dejada por las

sociedades prehispánicas que ocupaban áreas diversas, desde el río Magdalena hasta la desembocadura del río Orinoco (La Guajira y las tierras del noroccidente de Venezuela, Sierra Nevada de Santa Marta y litoral adyacente, montañas del occidente de Venezuela, Andes orientales, llanos orientales y Orinoquia). Para Langebaek, la arqueología no debe limitarse a la consideración de horizontes, tradiciones y estilos distribuidos en el espacio; ya que esto podría llegar a respaldar un modelo de evolución unilineal y difusionista en el cual se hace completa abstracción de las sociedades indígenas que produjeron los artefactos estudiados y de la base de su existencia material.

Por otra parte, también fueron consideradas fuentes etnográficas y documentos de archivos históricos para evaluar el desarrollo de las sociedades indígenas del nororiente de Colombia y norte de Venezuela en el siglo XVI, tomando en cuenta factores como los modelos de organización política (básicamente cacicazgos y comunidades locales), tecnología agrícola, ecología del surgimiento de cacicazgos (control de diversos pisos altitudinales para mayor variedad de productos), intercambios comerciales, rutas y modalidades de intercambio, contenido e importancia simbólica y económica de los artículos de intercambio, áreas de tierras altas y de tierras bajas, etc.

El recorrido comienza hace unos 14.000-12.000 años antes de nuestra era, encontrándose las evidencias más tempranas de cazadores de megafauna en el Estado Falcón (Venezuela) en los sitios Muaco y Taima Taima, y en el sitio Tibitó en los Andes orientales colombianos. Posteriormente, el autor asevera que a partir de los 9.000-8.000 años a.C., los sitios arqueológicos investigados han aportado evidencias del predominio de la cacería de animales más pequeños y del aprovechamiento de plantas.

Seguidamente, hace unos 7.000-3.000 años a.C. aproximadamente, y considerando las evidencias arqueológicas del norte de Suramérica, se pone en práctica una economía basada en la explotación de recursos marinos, los cuales ofrecen una variedad de productos relativamente fáciles de recolectar, y que poseen alto grado de calorías y proteínas. Este cambio en el modo de subsistencia estuvo acompañado por el inicio de la vegecultura en el litoral, la utilización de la alfarería y el aumento poblacional.

Por otra parte, el libro ofrece datos arqueológicos que respaldan la presencia del cultivo del maíz en los Andes peruanos y ecuatorianos para el año 4.000 a.C., mientras

que en el valle medio del río Cauca (Colombia) se encontró polen de maíz que aportó una fecha de 3.000 a.C. En el caso de Venezuela, la fase Corozal del Orinoco Medio respalda el cultivo del maíz para el 800 a.C.

Se afirma que la semicultura fue una condición que contribuyó a la satisfacción de necesidades nutricionales de la población; y por lo tanto al aumento de la misma y a la complejización social, produciéndose importantes cambios en la organización socio-política, económica y mágico-religiosa de las sociedades aborígenes que poblaban el área de estudio; conllevando posteriormente al surgimiento de las sociedades indígenas que encontraron los españoles, las cuales se caracterizaban principalmente por poseer distintos niveles de organización socio-política (cacicazgos y comunidades locales), pero a su vez estaban interconectadas y poseían una importante red de relaciones sociales, religiosas y económicas.

A partir de estos breves ejemplos de una secuencia de desarrollo en las sociedades que ocupaban los actuales territorios del nororiente colombiano y norte venezolano desde hace 14.000 años a.C. hasta el siglo XVI, se pudo constatar la utilización de fuentes arqueológicas con la finalidad de lograr un acercamiento a la interpretación del origen de las sociedades complejas que encontraron los españoles en el siglo XVI; y también demostrar cómo influyó en el proceso de complejización social, la utilización y el aprovechamiento de distintos microclimas por distintas comunidades, posibilitando la complementariedad económica y la disposición de una amplia variabilidad de productos como alimentos, armas y venenos, aves de plumería, artefactos líticos y materia prima, caracoles, conchas marinas, cerámica, coca, corales, cuentas de collar, esclavos, esmeraldas, madera y embarcaciones, animales, oro y artículos de orfebrería, perlas, tabaco, textiles y algodón, tinturas, yopo, etc; los cuales eran intercambiados a través de modalidades de intercambio y extensas rutas comerciales.

El autor concluye afirmando que las sociedades indígenas que ocupaban el norte de Colombia y el occidente de Venezuela en el siglo XVI, sólo pueden comprenderse a través de procesos a largo plazo y de sistemas regionales más amplios. Critica la tesis de que el crecimiento demográfico actuó como única variable en el surgimiento de la vegetultura, semicultura y por lo tanto en la complejización social, sugiriendo que sucedió al contrario, es decir, que la población aumentó cuando estos grupos comenzaron a disponer de tecnologías de subsistencia que permitieron la acumulación

de excedentes; y que las sociedades humanas tienen la capacidad de controlar su tamaño según los recursos disponibles. Asimismo, sostiene que ni los cambios climáticos, medioambientales ni tecnológicos explican por completo los procesos de complejización social.

Por otra parte, se afirma que para el momento de la invasión española, el área de estudio estaba habitada por una variedad de sociedades con modos de organización política y regímenes de producción económica contrastantes, pero al mismo tiempo estaban involucradas en procesos de intercambio y producción económica diferentes pero complementarios. Las comunidades locales (periféricas) eran grupos en los cuales la centralización de excedentes económicos sólo superaba el nivel de la comunidad autónoma, mientras que los cacicazgos complejos (centrales) mostraban jerarquías políticas con dominio sobre diversas comunidades, con manejo centralizado de los excedentes y con existencia de división del trabajo y especialistas artesanales.

De tal manera que estas distintas sociedades estaban asentadas en ambientes diferenciados, logrando establecer extensas redes comerciales a través de las cuales se intercambiaban gran variedad de productos provenientes de diversos pisos altitudinales, lo que permitió una complementariedad económica intensa y un impulso importante a la complejización social. Por ello, el autor vuelve a referirse a la arqueología, en el sentido de que ésta debería estar capacitada para ofrecer explicaciones sobre los desarrollos prehispánicos a partir de variables como demografía, tecnología, intercambio y medio ambiente, las cuales fueron en conjunto los motores en los procesos de cambio social.

Por último, el aporte fundamental de esta obra es señalar la importancia de la utilización de la etnohistoria como método de investigación y análisis de determinadas dinámicas socio-culturales, a través de lo cual se complementa y confronta la información aportada por la arqueología con las fuentes etnográficas y los documentos de archivos históricos, en función de un conocimiento más amplio del desarrollo socio-histórico de las sociedades prehispánicas de Colombia y Venezuela, considerando importantes aspectos influyentes como lo son la ocupación de distintos pisos altitudinales, la disposición de tecnologías adecuadas, los mecanismos de interacción social y material; y los vínculos interregionales regidos por el sistema socio-político, económico y mágico-religioso establecido. En este sentido, pensamos que las investigaciones arqueológicas desempeñadas

en Colombia y Venezuela, aunque un poco desconectadas entre sí, han evidenciado que los procesos de expansión y complejización social que delimitaron la ocupación humana del norte de Suramérica están estrechamente interrelacionados, por lo que es necesario un mayor intercambio de información entre antropólogos venezolanos y colombianos y el desarrollo de proyectos de investigación comunes para rebasar las actuales fronteras territoriales inexistentes en el período prehispánico.

2. Michel de Certeau: *“Las políticas del silencio: la larga marcha de los indios”* en **Tierra Firme**. Revista de Historia y Ciencias Sociales, Nº. 66, Caracas, Comité Editor: Arístides Medina Rubio, Pedro Calzadilla A., Luis Cipriano Rodríguez y otros, Año 17, Abril–Junio 1999; pp. 209-218.

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo  
Departamento de Historia Universal  
Grupo de Investigaciones sobre Historia  
de las Ideas en América Latina  
Escuela de Historia  
Universidad de Los Andes

Los editores de la revista advierten que este artículo de Certeau está datado en 1976; pero, como podrá corroborarse en la mayoría de las naciones latinoamericanas, posee vigencia y pertinencia, porque la larga lucha de los indígenas por sus derechos ancestrales es, ahora, más vívida que nunca.

En efecto, el historiador francés, a través de este artículo, hace un llamado a Europa para que el Viejo Continente fije su atención en la singularidad del combate que, desde los tiempos coloniales, vienen librando los aborígenes americanos, porque se revela una ... “extraña coincidencia” ... entre uno y otros puntos equidistantes del Atlántico: tanto en América como en Europa se ha inaugurado la ... **“edad de la autogestión”**... (p. 215).

El autor señala los rasgos esenciales que, desde su perspectiva analítica, singularizan el tránsito histórico de los indígenas americanos hacia esta fase en la que, una vez más, éstos le señalan caminos al planeta. Entre esos rasgos él destaca la

extraordinaria unidad que, pese a lo que pudiese pensarse en contrario, derivó de los infortunios y resistencias a las penurias compartidas, que les asigna una historia común sostenida sobre una memoria colectiva del cuerpo social, y desde la que han podido “despertar” al panorama político contemporáneo con propuestas que trascienden los modelos de organización dominantes. Esto lo destaca Michel de Certeau aludiendo a los “Manifiestos Indígenas” en los que se expresa el rechazo a participar en partidos políticos por ser ... “extraños” ... a la ... “realidad Americana” ... (p. 211).

También destaca el historiador otras particularidades de las comunidades indígenas: 1) evitan, por conformar un círculo cerrado en lo político y lo económico, que lo que les es “propio”, pese a la tendencia “congelante” de los etnólogos, sea asimilado dentro de una sola identidad cultural; 2) logran establecer relaciones de solidaridad con los *movimientos campesinos no indígenas* cuando la realidad que ocupan hace necesaria esta estrategia propia; 3) mantienen un vínculo supraindividual y supratemporal con la tierra, aunque a lo largo de su historia ésta les haya sido arrebatada y hayan querido alejarlos de ella, porque la tierra posee un valor cultural y la defensa de ésta implica defender “lo propio” más allá de la concepción occidental que apenas le asigna valor material; 4) poseen un modelo de organización social interno que desafía uno de los “mitos de la etnología”, como lo es el de la inexistencia—salvo en tiempos de guerra- del poder coercitivo; pero que consiste en la necesidad de instituir una *representación separada de los poderes* (el líder y la comunidad), sin que la estructura social se divida (aspectos que ha estudiado en detalle Pierre Clastres, al cual cita Michel de Certeau en este artículo), pues ... “La Ley funciona en esta sociedad como la *tácita coordinación de prácticas tradicionales*” ... (p. 214); 5) logran equilibrar, asumiéndose como sociedades de lo múltiple en la perspectiva de constituirse en federación de comunidades indígenas, cuando recurren a un modelo político que afirma la diferencia en lugar de disfrazarla, suprimirla u ocultarla.

Así, Michel de Certeau pasa a puntualizar los elementos básicos que pueden detectarse\* en las declaraciones que los indígenas han dado, a través de sus “Manifiestos” y las proyecciones que pueden derivarse de ellos:

---

\* Hasta 1976 cuando él elaboró este artículo; pero que la realidad latinoamericana en general, y la venezolana en particular, han; no apenas corroborado; sino acrecentado, tal y como

1. Se ha pasado de la micro-política de las comunidades autogestionarias a la macro-política de la federación de comunidades indígenas.

2. Se ha roto con la noción, que prevalece en la Cultura Occidental, en la que la Historia sería exclusiva de la sociedad humana; mientras que la tierra queda reducida a tan sólo ...“**objeto** de explotación y **terreno** de luchas socioeconómicas”... (p. 216), al constituir cooperativas que, mediante el ...“contrato colectivo”... con la tierra, permiten la armonía con ella como práctica ecológica sostenida.

3. Se ha dado el aprovechamiento de la afirmación de su pluralismo cultural, para convertir a éste en instrumento político y poder convivir con el mundo organizado a la manera occidental, empleando las herramientas de éste para sus fines propios (caso del empleo de las lenguas nacionales, por ejemplo).

Y culmina el autor reiterando este llamado de atención al mundo occidental:

***...“Desde el tiempo de Bartolomé de Las Casas (1474-1566) los sonidos de un movimiento similar de solidaridad no han sido escuchados a través del mundo Occidental. Lectores, ustedes y yo estamos invitados para apoyar este trabajo, que está inspirado para acordarse del ‘otro’, y con este recurso elevamos al mismo ritmo del despertar indígena”.***

---

puede constatarse en la participación indígena en el proceso constituyente venezolano de 1999 y que Alexander Mansutti evidencia en “Informe. Crónicas indigenistas desde el Consejo Nacional Electoral en Venezuela: por una representación legítima de los pueblos indígenas venezolanos en la Constituyente”; que publica el ***Boletín Antropológico*** en su cuadragésima sexta entrega y el Informe y comentarios que, en el N°. 47 de esta revista, hace el mismo autor sobre los artículos indigenistas de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

3. ANTONELLA FAGETTI. **Tentzonhuehue. Simbolismo del cuerpo y la naturaleza**, México, Plaza y Valdés editores, 1988.

Belkis Rojas.  
Centro de Investigaciones Etnológicas (CIET)  
Universidad de los Andes

Este libro es el resultado del trabajo de investigación de campo realizado por la autora a lo largo de cinco años en la localidad campesina de “tierra fría” llamada San Miguel Acuecomac, ubicada a unos treinta y cinco kilómetros de distancia de la ciudad de Puebla. Descendientes de antiguas poblaciones nahuas, considera Fagetti que esta población, a partir de la conquista y la colonización española hasta la actualidad ha ido sufriendo cambios importantes en su fisonomía, ideas, valores y concepciones, muestra sin embargo, como la antigua concepción bipartita del universo que establecieron los antiguos mesoamericanos, permea la cosmovisión del San Migueleño actual. Así podemos ver el ejemplo en la teoría sobre el cuerpo humano, la clasificación y ordenación de los elementos que lo conforman destacando un conjunto de pares binarios con predominio de las categorías masculino y femenino con las cuales se expresa una relación de oposición y complementariedad y a la que se asocian las demás categorías que dividen, organizan y explican el mundo.

Nos precisa que en San Miguel Acuecomac el cuerpo se visualiza como una “máquina” en constante movimiento que depende para vivir tanto de los medios materiales, el agua y el maíz, generadores de la sangre, como de la presencia de un ente espiritual portador de vitalidad”. La persona está constituida por dos componentes, uno inmortal e incorpóreo, el alma, y otro material, mortal y perecedero, el cuerpo, destinado a nutrir la tierra, devolviéndole lo que en vida ha recibido de ella: el alimento. “Pero el cuerpo sólo es el receptáculo temporal de lo que constituye el rasgo definitivo de todo ser humano, el alma/corazón, que le confiere la capacidad de pensar, sentir y vivir, y que le otorga a cada individuo la posibilidad de ser único entre iguales. El alma no muere, regresa al seno de una mujer a insuflar la vida en otro cuerpo”.

El pensamiento en torno al cuerpo revela un lazo profundo que lo une al cosmos y a la naturaleza, haciendo de ellos cuerpos semejantes al cuerpo humano con



un espíritu vivo, así, según los mitos, antiguamente los cerros eran personas cuyo cuerpo hoy parece rígido pero en realidad lo anima su espíritu que permanece en ellos permeando el tiempo. La naturaleza se metamorfoza en seres poderosos, benévolos y malévolos, dispensadores de riqueza, pobreza, salud, enfermedad y muerte; seres que irrumpen en los espacios de la cotidianidad trayendo consigo la incertidumbre y el peligro para la existencia humana.

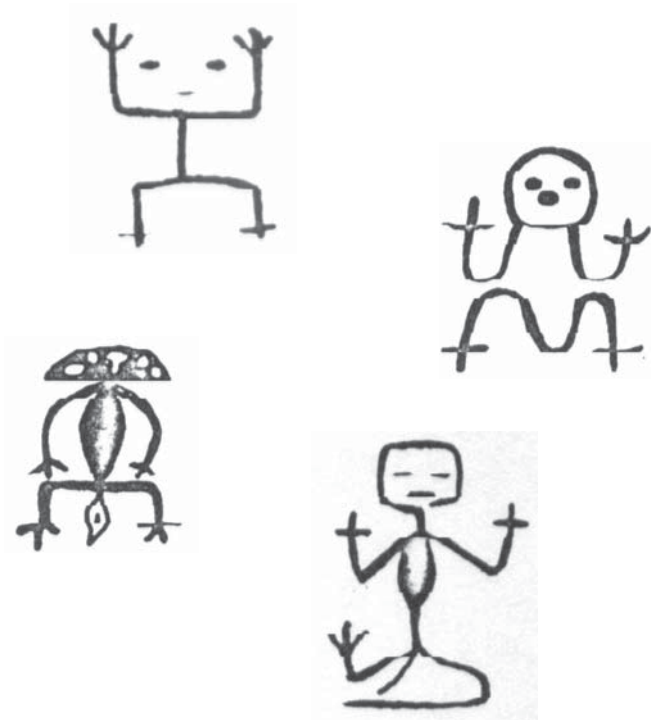
La obra está presentada en tres interesantes capítulos, en el primero se aborda el problema del origen y la historia antigua y actual del pueblo de San Miguel Acuecomac, a través del análisis de sus mitos, de su etnografía y de documentos escritos y pintados, elaborados en los primeros años que siguieron a la conquista española, mostrando como mito e historia se sobreponen o se funden en una sola temporalidad: el tiempo de las antiguas o antepasados. El segundo capítulo, que justifica el título del libro, aborda el problema del cuerpo humano y sus representaciones simbólicas, develándonos cómo la sociedad de San Miguel Acuecomac interpreta el complicado tejido de las propiedades, funciones, y facultades del cuerpo vivo y del cuerpo sin vida, disponiendo, como en un bricolage, de los medios materiales e intelectuales que les han permitido este tipo de reflexión la cual, por otra parte, comparte con otros pueblos campesinos e indígenas del mundo mesoamericano antiguo y contemporáneo.

El tercer capítulo nos muestra la naturaleza viva, gozando de movimiento y palabra a imagen del hombre a quien alecciona en relaciones complejas de intercambio y reestructuraciones simbólicas.

Finalmente, la autora nos proporciona un glosario de términos que nos permite movernos en el mundo de palabras y significados propios de la población de Acuecomac, muchos de ellos herencia de su lengua nahuatl.

La obra constituye un verdadero aporte a los estudios sobre el cuerpo tan en boga en la Antropología actual, no solo porque nos muestra un caso concreto que ayuda al conocimiento de poblaciones actuales enraizadas en la antigüedad mesoamericana, que nos dan lecciones de lucha y permanencia a pesar de los continuos intentos de colonización e imposición de valores ajenos, sino también porque permite el conocimiento de una elaboración tan íntima como las teorías sobre el cuerpo, inaccesibles teóricamente a los ojos profanos de nuestra sociedad globalizada y

globalizante que pretende obviar el hecho harto observable de que la multiétnicidad de nuestros países trae consigo, como corolario, elaboraciones multilógicas del mundo y del hombre. Esta explicitación de la cosmovisión de Acuexcomac, es un material valioso también en el sentido de la posibilidad de elaboración y desarrollo de estudios comparativos.



Figuras antropomorfas. Tomado de Salamanca, Miguel Ángel. 1990. *Los petroglifos del Estado Táchira: Lobatera, Michelena y Ayacucho*. Memoria de Grado, Escuela de Historia, Universidad de Los Andes, Mérida, p. 424